

Fernando Uriarte

## Federico Nietzsche



A obra de Federico Nietzsche ha sido prolijamente estudiada y es susceptible aún de muchas apreciaciones. Algunos apuntan una influencia decisiva de sus ideas en cierta concepción política actual; otros, entre ellos Thomas Mann, sostienen que tal supuesto es un error. Es conveniente observar la vida privada de un pensador y confrontarla con el predicado de sus escritos: suele suceder que discrepen doctrina y creador: las voces vigorosas y guerreras del poeta de Zarathustra emergen de una naturaleza delicada, sensible y enfermiza. El pensador suele cantar o gritar los contenidos de su déficit vital, que en este caso es la sobra de su espíritu, en un serio anhelo de plenitud. Dice Simmel: «la realidad de la naturaleza de Nietzsche, es al propio tiempo la cumbre de su ser personal, desde la cual alzó el vuelo hacia el reino de los deseos para la humanidad».

Las ideas de Humanidad e Individuo son jerarquizadas por Nietzsche y prefiere la primacía del Individuo; la humanidad decae tan pronto como la cualidad de los individuos, que es la suya propia, deja de constituir el interés central, aplicándose este interés a la conducta ética, social, altruísta del individuo con los otros, con los muchos. Simmel en su objetivo estudio del sentimiento vital de Nietzsche y anti vital de Schopenhauer concluye con gran amplitud y cariño filosófico en que «esas dos convicciones no son sabor teórico, sino expresión de una es-

estructura fundamental del alma y no cabe conciliarla en una unidad superior». «El valor de lo que pudiera llamar su síntesis, consiste precisamente en que la humanidad haya podido llegar a sentimientos tan distintos de la vida. Por eso, si ha de haber una unidad de ambos debe buscarse en otro sitio que en su contenido objetivo: en el sujeto en que ambas se dan».

No existe filósofo, pensador o ensayista de importancia en los últimos cuarenta años que deje de acudir en algún momento, generalmente profundo, a afirmar, rectificar o negar las sugerencias del pensador alemán que logró ser europeo. Oswal Spengler, Max Scheller, Hermann de Keyserling, Ortega y Gasset, Bernard Shaw, Unamuno, Pío Baroja, etc., fueron fecundados por la catarata ardiente, vital y nueva, y destructiva, con arrestos proféticos que desborda golpeando desde «El origen de la Tragedia» a «Ecce Homo».

Se dice de Nietzsche, y de muchos más, que no son sistemáticos, negándoles categoría filosófica; sin embargo habría que comparar y observar con resultados a la vista lo que va de la fenomenología, manera actual del pensamiento, al sistema, manera del pensamiento del pasado. Dice Francisco Romero en el estudio sobre Hartmann de su «Filosofía Contemporánea»: «toda sistematización actual, por más elementos científicos que entren en ella, pasa a ser fatalmente un ejemplar más de eso que, bajo la denominación de concepción del mundo, se aparta cada vez con mayor rigor de la ciencia y de la filosofía».

Max Scheller, el gigantesco filósofo recién muerto, deriva su luminoso libro «El Resentimiento en la Moral» de la idea central de Nietzsche claramente expresada en «Contribución a la Genealogía de la Moral». Dice Scheller: «entre los escasos descubrimientos que en los últimos tiempos se han hecho sobre el origen de los juicios morales, destaca como el más profundo el de Federico Nietzsche, al advertir que el resentimiento es una fuente de tales juicios de valor».

Releamos un poco el libro de Nietzsche: «el no poder ven-

garse se llama no querer vengarse, quizás incluso perdonar (porque ellos no saben lo que hacen—sólo nosotros sabemos lo que ellos hacen). También se habla de amor a los enemigos y se suda al hacerlo».

Scheller, católico militante, logra mellar algunos de los profundos ataques de Nietzsche a la moral cristiana (que por lo demás se refieren siempre a la moral del filisteo distante de la verdadera doctrina). Hay en Nietzsche un cristiano a su modo, enérgico y selectivo; sus escritos proponen una revisión de las prácticas mecanizadas y ayunas de sentido; su odio se refiere a las «posturas» cristianas de salón.

Queda en pie, sin embargo, su penetrante examen de la justicia: «Santificar la venganza con el nombre de justicia, como si la justicia no fuera en el fondo otra cosa que una transformación del sentimiento de la ofensa recibida». «La justicia honra con la venganza al conjunto de las emociones «reactivas».

«El último reducto conquistado por el espíritu de justicia es el del rencor. Cuando se alcance realmente aquel hombre justo permanezca siéndolo incluso para quien le haya ofendido (justo: no solamente frío, mesurado, desdeñoso, indiferente: ser justo indica siempre una condición positiva), cuando incluso bajo la presión de las ofensas personales, de los insultos, de las sospechas, conserve inalterable la objetividad elevada, clara, profunda y sensible a la vez, de su mirada justa y juzgadora, pues bien, nos veremos obligados a reconocer algo como la perfección encarnada, como la más elevada magistratura sobre la tierra; algo con lo que mejor será no contar ni creerlo muy a la ligera». «El hombre activo, agresivo, incluso violentamente agresivo se halla cien veces más cerca de la justicia que el hombre reactivo».

El juicio moral campea en todos los libros de Nietzsche: su moral predica el valor de la propia interioridad, el derecho a lo auténtico, a la propia sensualidad, a la castidad cuando existe:

«Mirad, si no, esos hombres; sus ojos lo dicen: no conocen nada mejor en la tierra que acostarse con una mujer».

«Tienen cieno en el fondo del alma, y pobre de ellos si su cieno tiene inteligencia».

«Si al menos fueseis completos animales! Pero para ser animal, hace falta inocencia».

«Es que os aconsejo que matéis vuestros sentidos? Yo os aconsejo la inocencia de los sentidos».

«Es que yo os aconsejo la castidad? En algunos la castidad es una virtud; pero en muchos es casi un vicio».

«Qué es la castidad? No es una locura? Hemos ofrecido a ese huésped albergue y simpatía: ahora habita en nosotros. Que se quede mientras quiera!»

Bendice el matrimonio, «Pasión discreta del corazón».

En el Zarathustra se canta lo más profundo y noble del hombre, sentimiento divino e inigualable del cual surge la mayor belleza intransferible, la delirante e irracional condición de la «Alegría». En las últimas páginas del Zarathustra atiza el fuego sagrado de la gran convicción:

«Hombre, aviva el seso! Qué dice la profunda medianoche? He dormido, he dormido. El mundo es profundo, más profundo de lo que pensaba el día. Profundo es su dolor, la alegría más profunda que la pena».

«El dolor, dice, pasa!».

Pero toda alegría quiere eternidad, quiere profunda eternidad!»

Miguel de Unamuno siente todo esto y en su libro «Del sentimiento trágico de la vida» encontramos: «La inmortalidad que apetecemos, es una inmortalidad fenoménica, es una continuación de esta vida».

Para los que en una generación no son gramáticos ni expurgadores de sustantivos, la lectura de Nietzsche es una vivencia que araña todos los problemas con mirada fría del alto filósofo. La honradez intelectual es en él una premisa contra

la que no valen las hipocresías. Abarca todos los problemas decisivos y finales de un mundo en derrumbe con la premura de quien tiene que decirlo todo en una página y, a veces, en una línea. Era el corazón más sublime de su tiempo y su hijo más entrañable. Hay quienes viven una existencia privada y otros, super dotados y elegidos, tienen que vivir la vida de todo un mundo, hasta su fundamento.

Los libros de Nietzsche llegan a los 20 años de nuestra existencia, como los nardos a noviembre. Una vida secreta, rica, empiezan entonces a proyectar el espíritu del lector; a la orilla del filósofo cuajan las viejas monedas rituales del bien y del mal y se perfila luego una categoría aún superior, donde se complementan las unidades del viejo pleito; La Vida, el ente de los vitalistas actuales.

Vibra el mundo en vertical melodía, cubierto por un extraño velo helado de decencia y rectitud.

Es todavía despreciable el interés a la mitad de nuestra vida, de examinar la terrible contra partida que nos juega este querido amigo de cinco años inolvidable. El anuncia el fin del hogar ideológico, ideas que pasaron por la sangre de nuestros antepasados y que rigen un mundo liberal de doscientos años al que pertenecemos irremediabilmente. A mayor altura vivió él estas angustias y, genial cirujano, cortó las amarras para navegar a la manera de los hijos de Dionisos hasta un mundo irreal después de indicar con dedo portentoso y señero algunos podridos coágulos de nuestra cultura.

Nietzsche es un problema personal del lector y conviene entrar en él de joven. Es extraño observar que mientras se acrecientan en nuestro tiempo las formas corporativistas y ecuménicas, toma cuerpo y peso el lastre dramático de la existencia individual. A nadie le vienen mal cinco años de ascetismo mental; ha sido un acierto de Enrique Molina echar a andar esa concepción del Nietzsche interior. El señor Molina ha intentado honradamente comprender al filósofo sin bajar la guardia

doctrinaria. En su libro abundan elogios sin reserva; no así el crítico preceptivo de «El Mercurio». señor Silva Castro que, ignorando o equivocando el asunto, se entretiene en pedanterías gramaticales.

Bajo los pies de Federico Nietzsche cedía el piso de una gran cultura: Fe, Arte, Ciencia y Moral. Equivocándose, vacilando, negando puso en pie la más grande orientación del pensamiento actual, brote del pensamiento de Dilthey: La Vida, como ente generoso, profundo y completo. La vida es buena, valdría la pena vivirla dos veces. En Sils María el solitario declarante quería vivir otra vez todas sus angustias.

Se formó en la disciplina severa de la cátedra de Ritschl, en Leipzig; cinceló su espíritu conocedor y certero en las asperezas del trabajo sistemático. Cuando su maestro lo recomendó como a un genio a la cátedra de filosofía clásica de Basilea ya había dado prueba elocuente de su espíritu crítico en las memorias «Sobre la historia de los fragmentos coleccionados de Teognis» y «Sobre las fuentes de Diógenes Laercio».

«Limítese para hacerse fuerte», le había repetido Ritschl durante cuatro años. El joven Federico salía al mundo consciente de su potencia; la carta que escribe entonces a su amigo Gerdhof refleja su profundo instinto: «Ta ya he llegado al último curso, la última noche que paso en mi hogar; mañana por la mañana me iré hacia el vasto mundo; entraré a un oficio nuevo para mí, en una atmósfera pesada y opaca de obligaciones y deberes... sí, sí!, ahora me toca a mí el turno de ser un filisteo! Uno u otro día, aquí o allá, el dicho se verifica siempre. Las funciones y las dignidades son cosas que jamás se aceptan impunemente... y todavía tengo suficiente valor para romper en el momento preciso algún eslabón, y arriesgar de otra manera o por otro lado, algún intento de vida hazañosa».

En Basilea, en el primer peldaño de su vida, encontró el más difícil escollo que no logró traspasar sin dejar mucha sangre y mucha vida: Wagner y Cósima hacían vida frailerá en

Tribschen a la orilla del lago. La conciencia de su fuerza no era errada; Wagner era uno de los hechos más importantes de su tiempo; portentoso, tiránico, apasionado; descubrió las trizaduras morales del wagnerismo y las mañas embrujadas del viejo taumaturgo y después de vivir la coyunda musical del siglo, pulverizó soberbiamente sus fundamentos morales. Sensibilizado por la dura enfermedad discernió lo mejor y lo peor de su tiempo. Para Wagner tuvo a Brahms, atisbó a Dostoyewski «el único psicólogo a mi altura» y sus manos tímidas descubrieron el germen de todos los problemas, primerizos y finales, de su siglo y del nuestro.